

# PAPIRO

Día 13

## El Encuentro

*Luxor – Egipto.*

Temprano por la mañana, Daryl se presentó en el despacho de Burn. Quería dejar en claro su postura respecto a la oferta que Amy les había hecho el día anterior. Su aspecto era por demás descuidado, como si no hubiera pegado un ojo en toda la noche. La barba sin recortar acentuaba su desaliño. Pero lo más impactante era su desasosiego: se estrujaba las manos con inquietud, incapaz de mantenerse en calma.

Burn lo recibió de mala gana y, con un deje de burla, dijo:

—Te madrugó la alondra, ¿verdad?

—Eso es lo que vengo a aclarar —manifestó Daryl—. El intercambio sigue en pie.

Burn lo miró con escepticismo y afirmó:

—No, Daryl. No tienes nada con qué negociar.

Daryl trató de serenarse. Ya esperaba esa respuesta y le mostró un papel con un texto ininteligible. Aprovechando la ausencia de Amy, había entrado a su cuarto para leer el contenido del telegrama y, al ver que estaba cifrado, optó por copiarlo.

—¿Qué es esto? —dijo Burn, extrañado, mirando de reojo el texto.

—Es una muestra de confianza —contestó Daryl y, mientras sonreía triunfante, añadió—: Es lo que está en la Piedra.

Burn le arrebató el papel, lo leyó y trató de entenderlo:

**«xqsngtyocvntyyqdkwim g-aekmuyirs gqrñkosfgtlcblalcto»**,  
pero fue inútil.

—¡Es basura! —exclamó, decepcionado.

Daryl trató de calmarlo, diciendo:

—Está cifrado, pero es lo que está en la Piedra.

—¿Tienes la clave? —preguntó Burn.

Daryl se le acercó, se detuvo y contestó:

—Aún no, pero la conseguiré.

Burn volvió a revisar el texto, se alejó unos pasos y dijo:

—No lo creo.

—Te dejo el papel para que entre los dos lo descifremos —le propuso Daryl.

Burn, impaciente, le aventó el papel y le exigió:

—Quiero lo que está en la Piedra —y remató—: No tengo tiempo para jugar a las adivinanzas.

Enseguida caminó hacia la puerta, le indicó a Daryl que saliera y enfatizó:

—Recuerda, solo te queda una semana.

Daryl salió del despacho; su ceño fruncido mostraba su preocupación. No notó a Sofía cuando se cruzó con ella y continuó caminando, mientras ella se dirigía al despacho. Todavía no se conocían, pero ese fugaz encuentro marcaría un antes y un después para ambos.

Sofía abrió la puerta y entró al despacho. Burn la miró: el amuleto de un escarabajo tallado en piedra verde pendía de la cadena alrededor de su cuello, contrastando con su vestido escotado en un tono amarillo claro que realzaba el café de su piel bronceada.

—Y bien, ¿lo convenciste? —preguntó Burn.

—Todavía no —respondió Sofía.

—Nos urge que coopere —dijo Burn.

—Creo que Nafir sospecha de nosotros —comentó Sofía, golpeando el piso con los tacones.

—Entonces hay que presionarlo —afirmó Burn y, frotándose las manos, agregó—: Tienes que quitarle los fragmentos.

—De eso no te preocupes —dijo Sofía y, haciendo una pausa, preguntó:

—¿Y lo otro?

—Amy ya tiene lo que está en la Piedra —afirmó Burn.

—¿También el código? —preguntó Sofía.

—Aún no, pero me lo prometió —respondió Burn.

—Solo tenemos una semana para abrir la bóveda —dijo Sofía, frunciendo el ceño, recordándole—: Y está a mi nombre.

Había cierta tensión en el ambiente. Además de las palabras, los gestos de sus rostros denotaban incomodidad cuando hablaban. Tenían una relación codependiente y su interés era servir a la misma diosa, usando el Servicio de Antigüedades como su centro de operaciones.

No mucho después, ella abandonó el austero despacho y emprendió su camino hacia el corazón histórico de la ciudad. Allí observó la figura solitaria de Daryl, que se abría paso entre los residentes y visitantes, atraídos por la antigua grandeza de Luxor. Su rostro le resultaba familiar, aunque no podía situarlo exactamente en su memoria. Lo que realmente capturó su atención fue el hecho de que parecía inmerso en una conversación consigo mismo, ajeno a los peligros a su alrededor, al punto de casi ser atropellado al cruzar, despreocupado, una calle empedrada. La escena, cargada de comicidad, se ancló en las profundidades de su subconsciente de manera involuntaria.

Simultáneamente, mientras Sofía lo observaba desde lejos, Daryl caminaba cabizbajo. Su rostro reflejaba una desilusión profunda. Sus opciones se esfumaban poco a poco y aún no había logrado recomponerse del altercado con Burn. Murmuraba para sí mismo:

—Amy no es tan inocente —masculló, mientras clavaba la mirada en el mensaje cifrado que aún sostenía. Tan absorto estaba en su dilema que cruzó la calle sin prestar atención a los carros de caballos y camelleros.

Daryl comprendió que necesitaba alterar su enfoque, demostrar su valía, si quería seguir contando con la confianza de Malenty. Regresó al campamento y fue en busca de Amy. La encontró bajo una sombra, descansando del trabajo de la mañana.

—Amy, ya lo pensé bien —dijo Daryl.

Ella sonrió y, disimuladamente, preguntó:

—¿Qué decidiste?

—Podemos trabajar juntos —afirmó él, mostrándole el papel con el texto cifrado.

Amy comprendió al instante que Daryl había entrado a su cuarto en su ausencia.

—¡Qué ruin! —lo acusó.

—¡Tú me mentiste! —reclamó Daryl. Pero, al ver la furia en el rostro de Amy, añadió en tono conciliador:

—Te propongo que comencemos de nuevo.

Amy se levantó de golpe y se retiró sin escucharlo. Daryl se sorprendió, pero confiaba en que ella recapacitaría. Sabía que sin él, el manuscrito terminaría en manos de Malenty, quien le había ofrecido suficiente oro por él como para comprarse una mansión y vivir tranquilamente el resto de su vida. Y esa idea lo impulsaba a seguir adelante.

Como lingüista, tenía la preparación para descodificar mensajes cifrados y, al ver que ella no le daría la clave, se propuso encontrar el mensaje original por sí mismo.

Empezó usando los métodos más sencillos: sustituyó unas letras por otras y recorrió las posiciones de cada letra en el abecedario para encontrar su correspondencia. Tuvo que improvisar asignando una clave. Pensó que la más obvia sería igual a las letras del nombre de «Amy». Los primeros resultados fueron ininteligibles y se percató de que no sería una tarea fácil. Intercambió las letras de posición para ver si alguna se repetía, buscando un patrón en la colocación de cada letra en el mensaje cifrado. Intentó otros métodos y cambió la clave varias veces. Después de algunas horas de probar diferentes alternativas, finalmente dio con lo que parecía ser la respuesta. No podía estar seguro, pero algo en su interior le decía que había dado en el blanco.

El resultado llenó a Daryl de confianza. No obstante, una mezcla de emociones turbaba su interior. Anhelaba permanecer junto a Amy, demostrándole su auténtico valor; al mismo tiempo, la ambición tiraba de él con fuerza, seducido por la promesa de recompensa de Malenty.

—¿Y por qué no ambas? —murmuró.

La ilusión regresó a su semblante al imaginarse a Amy a su lado, viviendo juntos en su nueva y lujosa mansión junto al mar.

Todo era aún prematuro, pero tentador...

**“Los sueños nos motivan a tomar decisiones arriesgadas”**, pensó Daryl, y poco después, le envió un telegrama a Malenty con el texto descifrado.

Mientras Daryl celebraba en el bar, el mensaje ya cruzaba el océano Índico, hacia Shanghái... y con él, el error que lo cambiaría todo.

---

Fernando Perales